

EL CRISTO NEGRO

Salvador Salazar Arrué



NOVELAS en la FRONTERA

Esta colección recupera la tradición de la novela corta en una zona desdibujada en las cartografías literarias de América Latina: la frontera sur de México, Centroamérica y el Caribe de lengua española. Con la novedad de este corpus, buscamos propiciar su lectura y estudio, así como el reconocimiento y la diversidad de los vínculos geográficos, históricos, culturales y literarios de estas fronteras, abiertas al diálogo en el tiempo y en el espacio.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



CENTRO PENINSULAR EN HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES



EL CRISTO NEGRO LEYENDA DE SAN URACO

SALVADOR SALAZAR ARRUÉ

Ricardo Roque Baldovinos
Edición y presentación

Novelas en la Frontera

EQUIPO EDITOR DE LA COLECCIÓN



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

Salvador Salazar Arrué, *El Cristo negro*
Primera edición digital: 24 de mayo de 2022
D. R. © Selva Prieto Salazar, Bruce Clark y Paul Clark
D. R. © 2022 Universidad Nacional Autónoma de México
Avenida Universidad 3000
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,
Ciudad de México

Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s. n.
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,
Ciudad de México

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales
Ex Sanatorio Rendón Peniche
Calle 43 s. n., entre 44 y 46
Col. Industrial, 97150
Mérida, Yucatán, México

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Avenida Universidad 3000
Torre II de Humanidades, piso 3
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,
Ciudad de México

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)
ISBN: EN TRÁMITE

Este libro se realizó con apoyo del Proyecto CONACYT CB 255210,
coordinado por Gustavo Jiménez Aguirre

Esta edición y sus características son propiedad de la
Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. Salarrué y el ángel negro de la historia <i>Ricardo Roque Baldovinos</i>	5
<i>El Cristo negro</i>	23
Noticia del texto	65
Salvador Salazar Arrué. Trazo biográfico	67

PRESENTACIÓN

Salarrué y el ángel negro de la historia

Ricardo Roque Baldovinos

...era aquél un aparecido, el inspirador divino de su obra futura y no quiso sacrificar a la historia ningún detalle por pequeño que fuera.

Salarrué, *El Cristo negro*

En la ciudad de Esquipulas, departamento de Chiquimula, en el oriente de la República de Guatemala, se encuentra una basílica colonial de gran tamaño, construida en el siglo XVIII. En su interior, se venera una imagen de Jesús crucificado, popularmente conocida como el Cristo negro. Se sabe que fue comisionada por fieles de la localidad en 1594, en gratitud por un buen año de cosechas, a un artista de origen portugués de nombre Quirio Cataño. Éste ejercía el oficio de escultor en la ciudad de Santiago de los Caballeros, la capital del reino de Guatemala, división del Virreinato de la Nueva España; por entonces abarcaba no sólo la actual Guatemala, sino

al estado de Chiapas, en el sur de México, así como las repúblicas centroamericanas de El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. Según la tradición, Cataño habría tallado su obra en madera oscura para que la piel del nazareno se asemejara a la de los habitantes indígenas. Restauraciones posteriores han revelado, sin embargo, que esta tonalidad es efecto de la constante exposición al humo de los cirios del recinto del templo. De todas maneras, esta característica de la imagen y sus numerosos hechos milagrosos, atribuidos a lo largo del tiempo, han reforzado su valor como una de tantas manifestaciones divinas a los habitantes del Nuevo Mundo; estos atributos recuerdan los de la Virgen de Guadalupe en México. El santuario de Nuestro Señor de Esquipulas sigue siendo hasta nuestros días un concurrido destino de peregrinación y atrae devotos desde distintos puntos de Centroamérica.

Salarrué, nombre artístico del escritor salvadoreño Salvador Salazar Arrué (1899-1975), toma esta historia como materia prima de *El Cristo negro*, su primer texto publicado en forma de libro en 1926. Salarrué produjo una abundante obra narrativa en la que se encuentran por igual relatos de corte fantástico, como los de *O-Yarkandal* (1929), o de carácter regionalista o vernáculo, como los reunidos en *Cuentos de barro* (1934), uno de los libros más leídos en El Salvador, en buena medida por ser parte del currículum

escolar. Contiene esta última obra clásicos como “La botija”, “Semos malos” o “La honra de la Juana”, considerados a menudo hitos en la construcción de la identidad nacional. Salarrué es también autor de novelas como *El señor de La Burbuja* (1928), relato que enmarca las conversaciones de personajes sobre temas teosóficos y místicos, de interés constante para el autor; o *Catleya Luna* (1954), novela más extensa, en la que se intercala el relato “Balsamera”: una interpretación de los sucesos de 1932, cuando el general Maximiliano Hernández Martínez ordenó la represión de una insurrección popular liderada por el recién fundado Partido Comunista Salvadoreño, y cuyo resultado fue la masacre de miles de personas, en su mayoría campesinos de origen indígena.

El Cristo negro es el único relato de Salarrué con carácter histórico. La acción se sitúa a finales del siglo xvi, en la época en que se elaboró la imagen venerada en Esquipulas. Sin embargo, con la excepción de Quirio Cataño, uno de los protagonistas del relato, Salarrué se exime de entregarnos una recreación histórica fiel y deja volar su imaginación en la construcción de personajes y situaciones. Nos ofrece, además, una construcción literaria original y compleja, con una audaz interpretación del Cristo negro como símbolo cultural.

Aparte de la ficción histórica, el relato estiliza otras fuentes literarias. En primer lugar, echa mano de un viejo

género narrativo, ignorado en las historias literarias: la hagiografía, dedicada a la vida de santos. Esta forma fue, a lo largo de varios siglos, bastante difundida. Tuvo especial arraigo en los dominios del imperio español, un mundo cuya visión jerárquica y unificadora en torno a la figura del monarca absoluto y la fe católica se había reforzado con el Concilio de Trento, mejor conocido como la Contrarreforma, y que buscaba amurallarse ante el embate de las influencias secularizantes de la entonces modernidad emergente. No es de extrañar que se haya visto con suspicacia a la novela, el género moderno por antonomasia. Llegó incluso a prohibirse su difusión en los dominios americanos, pues había que proteger de seducciones impías las almas de fieles recientemente ganados a la cristiandad. En contraste, las vidas de santos se tenían por material de lectura idóneo, pues se referían a vidas ejemplares y cumplían celosamente con una finalidad edificante, a la vez que satisfacían el apetito de los fieles por historias intensas y llenas de peripecias. En la región centroamericana, se redactaron incluso algunas hagiografías originales, como *La relación de la vida y virtudes del hermano Pedro de Bethancourt* (1667), obra del jesuita Manuel Lobo, un testimonio de los hechos milagrosos de un religioso franciscano de origen canario asentado en Guatemala; o *Vida admirable y prodigiosas virtudes de la sierva de Dios Doña Anna Guerra*

de Jesús (1716), alegato en favor de la beatificación de una religiosa originaria de San Salvador, redactado por el también jesuita Antonio de Siria. Mas aún, después del fin del dominio español, las vidas de santos siguieron siendo ampliamente difundidas. Circulaban también las de personalidades más recientes, como la de la francesa Thérèse de Lisieux (1873-1897), mejor conocida como santa Teresita del Niño Jesús, quien gozó de gran popularidad en los países de habla hispana.

Ya en pleno siglo xx, integrado a círculos intelectuales de vanguardia, Salarrué retoma la hagiografía a partir de un abordaje irónico que, seguramente, desde una perspectiva de ortodoxia cristiana, podría haber resultado sacrílego. *El Cristo negro* nos propone un santo ficticio: Uraco de la Selva, el hijo mestizo de un conquistador español, Argo de la Selva, y una princesa indígena, Txinke. La vida de esta pareja y su descendiente aparece marcada por el infortunio. Los padres mueren víctimas del capricho del capitán general García de Valverde. El joven Uraco se refugia en un monasterio y se consagra a una vida religiosa que asume con extrema pasión. Descubre, en medio de grandes tribulaciones, que es portador de un insólito mandato divino. El relato nos presenta así, a la manera de las hagiografías clásicas, el hallazgo de su vocación. Pero la santidad de Uraco se sale de la norma. Su misión no consiste en socorrer a

los desvalidos o en realizar milagros, sino en llevar a un extremo inaudito el núcleo constitutivo del cristianismo colonial: el sacrificio. Hasta a los santos más abnegados, aquéllos que aceptan estoicamente sufrir los mayores padecimientos, se les ofrece, en la salvación del alma, la posibilidad de retribución. En el marco del dualismo del cuerpo y el alma, se realiza una transacción: el cuerpo padece en el mundo a cambio de que el alma goce en la eternidad. Sin embargo, la abnegación de Uraco es de tal radicalidad que acepta de buen grado renunciar a esta salida, pues su singular vocación le ordena nada menos que ejecutar los pecados antes de que otros fieles los cometan. Bajo esta extraña lógica, sus hazañas son hechos abominables: violaciones, adulterios, maltratos a los niños, robos, asesinatos y, llegado el momento, hasta la profanación de símbolos y lugares sagrados. En pocas palabras, entrega su propia alma a la perdición con tal de salvar las de sus semejantes. Siguiendo un gusto por las paradojas, presente en otras obras del autor, y como parte del esfuerzo por contraponer su propia cosmovisión al mundo religioso y cultural dominante, Uraco hizo trabajar al Demonio para cumplir la obra de Dios, mientras su alma se presenta “loca de amor, sublimemente mala”.

En este juego de paradojas e inversiones, Salarrué construye un dispositivo narrativo poderoso que des-

monta la sociedad colonial y su inventario de iniquidades, extendidas al presente: racismo, dominación masculina, intolerancia. Cabe destacar que su reconstrucción de la era colonial se desmarca de la realizada por autores centroamericanos precedentes. En los dramas satíricos de José Batres Montúfar (1809-1844) o las novelas históricas de José Milla (1822-1882), se la presenta de modo nostálgico, como un tiempo de armonía y elegancia. En contraposición, ya desde las primeras líneas de *El Cristo negro* no se puede delinear una imagen más contundente de la maldad que corroe este mundo. No sólo nos presenta a un santo que peca por hacer el bien, sino a conquistadores que lejos de ser caballeros heroicos son sádicos sanguinarios. Memorable es, en este sentido, el retrato del capitán general García Valverde, el asesino de los padres de Uraco: “a ratos cruel como la mayoría de los capitanes generales, con una barba roja y cuadrada que untaba su coraza de reflejos sanguíneos, y sus manos huesosas y largas, cubiertas de vello rojo, parecían ensangrentadas de una manera indeleble, detalle que, por lo demás, bien podría respaldar simbólicamente una verdad moral”.

Salarrué, también un pintor importante, traza una imagen que, por medio de la iluminación y el colorido, evoca lo infernal. Bajo la misma lógica de inversión de los valores del mundo colonial, aparecen además monjes

y sacerdotes similares a los conquistadores en crueldad y superiores en avaricia.

Asimismo, el sino trágico de Uraco presenta un tratamiento novedoso del tema del mestizaje. En El Salvador, como en otros países de América Latina, el mestizaje fue la ideología oficial y se presentó como una supuesta síntesis de las razas; al tiempo que se exaltaba a un mestizo europeizado, relegaba al indígena al estatuto de reliquia de un pasado glorioso, pero sin ninguna posibilidad de trascender al presente. Esta visión presentaba así una transacción entre lo europeo y lo indígena y terminaba por oscurecer la dominación heredada del mundo colonial bajo nuevas fachadas. Al contrario de esta operación, el dispositivo de la hagiografía de Salarrué expone el mecanismo que genera siempre nuevas formas de violencia en la perpetuación del privilegio de los dominadores. El nombre Uraco se asocia con la palabra huraco, sinónimo de agujero; este personaje llegará a ser un descasado que sigue atrapado en un mundo impregnado de contradicciones insalvables. Sus esfuerzos por redimir a sus semejantes son vanos, pues está condenado a repetir la tramposa dialéctica de virtud y pecado de sus amos. Uraco es el “colmador de ajenos instintos rapaces” que, pese a sus esfuerzos, repite el juego de la dominación.

¿Existe entonces redención posible ante esta lógica inexorable? Salarrué resuelve este dilema valiéndose de

otra fuente narrativa: la novela corta. Según el novelista y crítico argentino Ricardo Piglia, este género contiene un principio estructural peculiar: el secreto. Advierte que éste debe distinguirse del enigma. No se trata de un elemento desconocido que se revela luego de un ejercicio de la razón, como en la narrativa policial, el género racionalista por antonomasia. El secreto, en cambio, no remite a ningún misterio, sino a un escamoteo deliberado, y su esclarecimiento supone una forma de inteligencia, sustraída de la indagación de causas y efectos, y apunta, en cambio, a una comprensión más intuitiva.

En el caso de *El Cristo negro*, el secreto da a la estilización de la hagiografía su plena razón de ser, pues toda vida de santo implica el secreto de la inescrutable voluntad divina. La novela corta proporciona entonces el marco ideal para vincular personajes, situaciones y perspectivas narrativas. Según la crítica estadounidense Judith Leibowitz, la estructura característica de la novela corta es de intensificación y expansión del relato; en consecuencia, se homologa con la estructura propia de la hagiografía que también concentra y expande los momentos de despliegue de una vocación de santidad.

El contenido del secreto en *El Cristo negro* es el origen de la imagen, cuya inspiración no es la pasión de Cristo, sino la de un pecador que ha perpetrado crímenes abominables. La historia nos la refiere un narra-

dor anónimo, una especie de infidente del escultor de la imagen, Quirio Cataño, y que nos revela un secreto celosamente guardado por éste. La respuesta se nos comunica en la intimidad de nuestra lectura y habrá de permanecer oculta a la comunidad de fieles para que la imagen pueda desplegar su fuerza redentora. Se nos permite conocer así a la misteriosa figura de Uraco de la Selva, ignorada por la Iglesia, pero que trae consigo la santidad propia del Nuevo Mundo, para el que el modo de pensar colonial y occidental resulta insuficiente. La figura de Uraco, en su carácter de mestizo, pero también como síntesis de los imaginarios sagrados cristiano e indígena, sería la clave de una nueva fe, de una nueva conciencia que redimiría un ciclo interminable de la crueldad. Esta nueva fe se presenta bajo la forma de una “[m]aravillosa antítesis de Cristo”.

Ahora bien, este nuevo sentido sólo es accesible a Quirio Cataño, ya que, como artista, posee una forma distinta de pensar. Para presentarnos esta novedad, *El Cristo negro* recurre a otra fuente narrativa: el relato de artista. En el último tercio de la historia, Quirio Cataño asume el protagonismo de la narración, pues en un momento de inspiración se le revela que Uraco es la manifestación de una nueva santidad para el Nuevo Mundo. En consecuencia, Salarrué proyecta anacrónicamente ideas contemporáneas sobre el arte en la figura del ar-

tesano de la era colonial, pero lo hace así pues considera que su propia idea de arte contiene la clave para transformar el mundo existente. Para su generación, era imperativa la cuestión sobre el poder del arte en los nuevos tiempos y, sobre todo, cómo éste se volvía el lugar privilegiado para superar la crisis de su época.

Esta visión sobre el poder del arte no ocurre entonces en un vacío histórico. Sucede en un momento de gran crisis intelectual y política. En el plano intelectual, ya no se concibe un ideal de vida sólo a partir de los modelos importados de Europa y Norteamérica. Antes bien, circulan ideas que afirman el agotamiento del modelo de civilización que representa esta región del mundo. Esta convicción encuentra su expresión más explícita en *La decadencia de Occidente* (1922), obra del alemán Oswald Spengler. Para este autor, las civilizaciones nacían, maduraban y morían de manera similar a los organismos vivos; en el presente, proponía el filósofo, se asistía a la muerte de la civilización europea y vislumbraba el nacimiento de otras en distintas latitudes; por ejemplo, en el sur del continente americano. Como era de esperarse, esta última sugerencia entusiasmó a muchos intelectuales latinoamericanos.

En el plano político, el clima intelectual arriba descrito coincide con el auge de autoritarismos que, bajo la excusa de nutrirse de sentidos más auténticos para

la fundación de órdenes nuevos, instauran regímenes despóticos y sanguinarios a lo largo y ancho del globo. El Salvador no escapó de esa suerte. En 1931, la débil y desgastada fachada democrática de gobiernos de corte liberal es relevada por la dictadura del general Maximiliano Hernández Martínez. Es de resaltar que este militar participaba de los mismos círculos teosóficos de Salarrué, y se veía a sí mismo como emisario de una regeneración nacional camuflada de imaginaria indigenista, pese a ser responsable de la masacre de miles de indígenas. Este nuevo imaginario nacionalista entusiasmó tanto a Salarrué como a muchos de sus contemporáneos del mundo artístico e intelectual, y su realización se convirtió en el horizonte práctico que orientó buena parte de su labor. Es importante no olvidar que los efectos del régimen de Martínez en la vida política de El Salvador fueron duraderos, pues inauguró un largo período de control del Estado por la institución militar, situación que se mantuvo firme hasta la explosión del conflicto armado en el último cuarto del siglo xx.

Pese a lo anterior, es también importante reconocer que *El Cristo negro* sobrevive a estas afinidades electivas con el autoritarismo, pues nos entrega un diestro dispositivo de desmontaje de un mundo y pensamiento coloniales, aún vigentes. Paradójicamente,

esta crítica se inspira más en la teosofía y el misticismo oriental que en ideologías de signo revolucionario. En ese marco, la santidad de un hombre, a quien lo mueve el sufrimiento de sus semejantes y no una idea abstracta de divinidad, adquiere una nueva dimensión. El comportamiento delirante de Uraco subvierte la lógica sacrificial hipócrita del cristianismo colonial y de la civilización moderna, mundos de virtuosos crueles y de justicieros hipócritas. Uraco afirma la fuerza de un amor que pone de cabeza el edificio religioso de su tiempo. O dicho en las palabras del propio Salarrué: “se trocó en la venerada efigie de Cristo misericordioso, que no pudiendo admitir su alma por de pronto en el reino de los cielos, como tampoco enviarla a los profundos infiernos, la destinó a morar en el vaso de una santa escultura, colocándola así en el punto de unión de aquéllos: en la Tierra, que es lo más alto del infierno, y en su imagen, que es lo más alto de la Tierra y que se toca con la gloria”.

Ese compás de espera entre los intersticios de un pensamiento agotado abre un nuevo espacio para que aflore lo excluido, lo negado en la figura de un nuevo redentor: “un Cristo terreno, un Cristo misterioso, un Cristo único, un Cristo, en fin, negro”. Esta fuerza palpitante de esperanza en el advenimiento de un mundo que finalmente haga justicia a los condenados de la Tierra

es lo que Salarrué intuye en la devoción popular hacia el Cristo negro de Esquipulas.

BIBLIOGRAFÍA

- Herrera, Bernal, “Modernidad y modernización en Centroamérica”, en Valeria Grinberg Pla y Ricardo Roque Baldovinos (eds.), *Tensiones de la modernidad: Del modernismo al realismo. Tomo II de Hacia una historia de las Literaturas Centroamericanas*, Guatemala, F & G Editores, 2009, pp. 3-34.
- Lara Martínez, Rafael, *Del silencio y del olvido o los espectros del patriarca*, San Salvador, Fundación AccesArte, 2013.
- Leibowitz, Judith, *Narrative Purpose in the Novella*, La Haya /París, Mouton, 1974.
- Munguía Zatarain, Martha Elena, “Sacrificarse por el otro, salvarse por el arte. *El Cristo negro* de Salarrué”, en *Valenciana*, vol. 9, núm. 18, 2016, pp. 271-293.
- Philippart, Guy, “L’hagiographie comme littérature: concepts récents et nouveaux programmes”, en *Revue de Sciences Humaines*, núm. 251, 1998, pp. 11-39.
- Piglia, Ricardo, “Aspectos de la *nouvelle*”, en *La forma inicial. Conversaciones en Princeton*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2015, pp. 95-102.
- Piglia, Ricardo, *Teoría de la prosa*, Buenos Aires, Nueva Cadencia, 2018.
- Roque Baldovinos, Ricardo, “Salarrué, la religión del arte”, en *Arte y parte. Ensayos de literatura*, San Salvador, Istmo Editores, 2001, pp. 127-157.
- Salarrué, *O-Yarkandal. Historias-cuentos-leyendas de un remoto imperio*, San Salvador, Dirección de Publicaciones, 1971.
- , *Catleya Luna*, San Salvador, Ministerio de Educación / Dirección de Publicaciones, 1980.
- , “El Cristo negro (Leyenda de San Uraco)”, en Salarrué, *El ángel del espejo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, pp. 3-31.
- , *El señor de La Burbuja*, San Salvador, UCA Editores, 1980.
- , *Cuentos de barro*, San Salvador, CONCULTURA, 1998.
- Spengler, Oswald, *La decadencia de Occidente: bosquejo de una morfología de historia universal*, Madrid, España-Calpe (1922), 1998.

EL CRISTO NEGRO

San Uraco de la Selva no se encuentra en el martirologio, pero podemos atrevernos a creer que debía hallarse allí, aunque en el mismo cielo de Nuestro Señor y aun en el infierno de los cornudos, se vieron en grueso aprieto para saber dónde debía quedar.

Nació en Santiago de los Caballeros allá por el año 1567, hijo de Argo de la Selva y de la india Txinke, nieta de reyes, algo bruja, algo loca.

En la época a que vamos a referirnos (1583), gobernaba Guatemala el licenciado García de Valverde, a ratos cruel como la mayoría de los capitanes generales, con una barba roja y cuadrada que untaba su coraza de reflejos sanguíneos, y sus manos huesosas y largas, cubiertas de vello rojo, parecían ensangrentadas de una manera indeleble, detalle que, por lo demás, bien podía respaldar simbólicamente una verdad moral.

Argo de la Selva, noble ruin de Badajoz, había sido lugarteniente de Valverde durante más de seis años, hasta el día en que, perdido el favor y acumulada sobre su persona una larga serie de crímenes, fue juzgado por

el mismo Valverde y ahorcado en el patíbulo de Cerro Largo, que desde las ventanas del ayuntamiento aparecía sobre el cielo lejano, siempre cargado como la rama pródiga de algún árbol macabro.

Fue entonces que la india Txinke, madre de Uraco (mozo ya de dieciséis), entró una noche nadie sabe cómo en el palacio, armada su mano verde con un puñal envenenado y, en pleno baile, intentó dar muerte horrible al licenciado, pero no logró su intento y fue destrozada por los guardias y enclavada más tarde su cabeza en una lanza, en medio de la plaza de la ciudad.

Uraco huyó de la venganza del gobernador y fue a refugiarse al convento de San Francisco, hallando amparo a la sombra de fray Francisco Salcedo, su padrino de pila, quien se tomó el cargo de instruirlo en la lengua de Castilla y en la sagrada vida de Cristo.

Esto apasionó a Uraco y empezó su amor a Jesús con un tesón que hacía cavilar a los frailes y mover la cabeza negando antes que asintiendo, por aquella locura y desenfreno. Algún monasta de rostro anudado lo acusó de hipocresía, confirmada más tarde con la huida de Uraco y el robo de las joyas sagradas. ¿Qué pensaba el hermano Francisco? Atenuaba, atribuyendo el robo a una locura amorosa que lo hacía desear para sí sólo lo que estaba en tanto contacto con la Divinidad.

Uraco, que era ya entonces fray Uraco, aunque no profesara aún en la orden, aparentaba veinticinco años, su barba rala y negra de mestizo daba a su rostro un no se sabía qué de malévolos. Delgado y gris, enfundado en el hábito, sugería la idea —mil veces exorcizada por los monjes— del demonio metido a fraile. No obstante, su voz clara y suave, que era como miel de alma, iba, al hablar, aclarándolo en dulzura hasta modelar en él un agraciado del cielo, tan esplendoroso que hacía bajar la cabeza de los maledicentes.

Noches, de claro a claro, pasó este loco arrodillado en medio del pedrero, orando en el jardín, que a la mañana se llenaba de rosas blancas, acaso surgidas en la noche al auspicio de aquel suave susurro que inquietara el silencio nocturno preñado de brotes.

Diez veces desapareciera del convento durante muchas horas, sin que nadie pudiera decir a dónde iba. Cuando regresaba ponía por excusa a las paternas inquisiciones de fray Francisco sus visitas a los esclavos del cruel encomendero, para aliviar penas injustas y aprontar consejos salvadores. Pero, en realidad, era otra cosa lo que lo alejaba del convento y no tardó en saberse.

Una tarde en que fray Uraco se paseaba recreándose junto al muro del jardín, situado detrás de la celdera del convento, por una brecha abierta en el adobado a causa de los sismos, vio a una mestiza enlutada, que lo contemplaba

con ojos sombríos y a la vez le sonreía con una sonrisa tan blanca entre los cárdenos labios sensuales y los lienzos negros que parecía una rosa lánguida.

Como la mujer pareciera así llamarlo, el fraile, con las manos en las mangas y la sonrisa en los labios, acercose y preguntole:

—¿Qué deseas, buena mujer? ¿Puede el humilde fray Uraco serte de utilidad?

—Acaso sí, santo fraile. Mi buena suerte ha hecho que os vea al pasar y sólo ruego la clemencia del buen confesor y la clarividencia de vuestro santo consejo.

Invitola el fraile a entrar, con un vago gesto que hizo desplegar una manga del hábito y fueron a sentarse al brocal del derruido pozo techado con un sombril de teja. Ella quiso hincar la rodilla en la arena, pero él no lo permitió.

La mestiza exhalaba un fijo olor a unguento de canela y también de las frondas que ahora la noche ponía sombrías arrojándolas casi negras en masas de voluptuosa pesantez sobre la tierra amarilla, venían aromas de pantano que acariciaban de un modo sensual, inquietante. La mujer era joven y era bella, pero Uraco era incorruptible y su sangre sólo vibraba en la búsqueda del alma.

—¡Mi pecado es grande, señor! —empezó la mestiza—. Vivo en casa de mi señor el notario Herrera y Caravejo, cuyo hijo me requiere de amores sin que yo

pueda resistir ya más. Un constante desasosiego macera mi cuerpo y sólo aspiro, perdón, señor, a una pronta satisfacción de mis deseos. Voy a morir si no cedo y, si cedo, tiemblo por el peligro. El señor mi amo se entera, y seré condenada, ¡Dios sabe a qué!

La mujer escondió la cabeza entre las manos y sollozó.

—¡Gran pecado es la tentación!... ¡Pecado grande sería el de ese joven, casi niño, a quien pretendes hacer caer en el fango!... ¿No puedes resistir con la idea de Cristo Nuestro Señor, muerto en la cruz por la virtud?

—¡Oh, fray Uraco, no puedo más! Lo he intentado en vano. Estoy poseída del Maligno y voy a morir si no lleno mi criminal deseo...

—¿Tú lo amas?... —preguntó el fraile.

—¡No sé!... ¡Sólo sé que esta virginidad de mi barro y este vacío de mis entrañas me están devorando viva como un fuego del infierno!...

El fraile hizo el signo de la cruz sobre el cielo claro e inclinado, después, sobre la hembra, susurró con lágrimas en los ojos.

Largo fue el silencio y después una sombra negra y furtiva huía por la brecha del adobado, mientras en medio del pedrero, abiertos los brazos, el pecador elevaba su plegaria tan alto que ya no sólo favorecía el jardín, sino que del cielo brotaban las constelaciones en un lento derroche.

Habían pasado tres años desde este incidente. Fray Uraco persistía en aquellas escapatorias misteriosas, socorriendo y aconsejando a supuestos esclavos. El prior Salcedo, en cambio, era noticiado de que el prófugo se encerraba, con una mujer de quien tenía un hijo, en una casa de los suburbios y no salía de allí muchas veces hasta después de dos días.

Los monastas no ignoraban estos detalles y no lo dudaron nunca, tal era la profunda convicción que tenían de que el Diablo moraba en aquel santo recinto bajo el hábito de fray Uraco.

No obstante, fray Uraco era aún tolerado, no por los compañeros (que de buena gana lo habrían quemado vivo en medio de la plaza), sino por el prior, quien no dudó nunca de que aquel cerebro estaba perturbado y de que era caridad asilarlo en el convento para bien de todo el mundo, del mismo fraile y por Cristo misericordioso.

Efectivamente, fray Uraco vivía a hurtadillas con una mujer de quien tenía un hijo. La fogosa mestiza que aquella tarde, en el propio jardín del convento lo obligara a pecar, para que otro no pecara, había concebido en virtud de la fatalidad; y el monje, avisado, ayudó a la hembra para huir de la casa del notario y para lo demás, alojándola en casa de una vieja india que le limpiaba las ropas y le cocía las hierbas brujas, que aligeran, e impiden los desgarros.

Fue padre por fin, y un nuevo amor, un inmenso amor germinó en su corazón para aquel hijo del pecado,

hijo infernal que no obstante sonreía como un ángel y era blanco como su padre Argo. Mas, para que el orgullo no lo obligase a sonreír de una tan cruel afrenta en la faz del Señor, fray Uraco untaba la comisura de sus labios con goma de nance, que rasgaba la pulpa carnosa con grandes dolores, al menor gesto de complacencia. Así y todo, no podía impedir que su blanco corazón se esponjase como una rosa plena y se iluminase como una aurora de mayo a la vista del hijo inevitable.

El dolor no tardó en invadir poco a poco el corazón del santo. Cuando el niño fue creciendo, hacía necesario corregir sus caprichos. La madre (de temperamento áspero) así lo aseguraba y trémula de cólera se lanzaba muchas veces sobre el chico, con la cuerda en alto, pero era detenida por el fraile que, con lágrimas corriéndole en la faz torcida, hacía efectivo el furor de la madre en las espaldas del niño que iba cobrando miedo y después odio a este monstruo encapuchado que lo martirizaba echando aguas de rabia por los ojos. Luego que veía llegar a su padre, corría a ocultarse o buscaba protección en las sayas maternas, mientras Uraco, con frases cariñosas, se esforzaba en vano por atraerlo.

¡Y todo porque ella no pecara!

Regresando una noche de luna al convento y al llegar cerca de las tapias ruinosas del jardín, escuchó trémulo una

conversación entre el hortelano y el lego llavero. Se trataba de robar las joyas del retablo, los vasos de oro recamados, los ornamentos de pedrería, la plata de los oficios... Si se hubiera mostrado, de seguro que lo habrían matado. Estaba en poder de un secreto que podía llevarlos a la horca aquella misma mañana, pero el Señor lo enviaba antes de que aquellas desgraciadas criaturas manchasen sus manos en tan horrendo sacrilegio: él lo haría, él robaría el ofertorio, él amasaría los metales y arrancaría las gemas para que fueran trocadas por ellos en el oro codiciado, pidiéndoles que huyeran pronto. Así lo hizo el santo fraile y mientras veía entre sus manos el brillo avivado por las sombras, de todo aquel tesoro sagrado, esperaba con resignación que un rayo del cielo fulminara su mísero cuerpo y enviara su alma condenada a los profundos antros de la Eternidad.

Nada, sin embargo, ocurrió y ahí quedaba sobre la Tierra para su propio escarnio, cargando con su alma ennegada y su cuerpo asqueroso.

No volvió al convento. Arrojando el hábito lejos de sí, huyó también. Fuese a las montañas y convivió durante largo tiempo con las fieras y los pájaros, alimentándose con frutas y raíces y asilándose en las cuevas.

El amor al hijo podía más que el recelo al castigo. Se había oído rumor de que fray Uraco fuera visto a altas horas ganar los aledaños y entrar en el recinto de la vieja

casa. Ya no se dudaba de su maldad. Era un profano y un ladrón, prófugo y renegado. Sólo el prior fray Francisco Salcedo hacía aún un huequecillo en su piedad, respondiendo a las abominaciones acumuladas sobre el ex fraile, que era un cerebro lesionado, y que pidieran a Dios para que lo dejase entrar en su gracia.

Los que habían creído ver a fray Uraco entrar por las noches en la población, no se habían engañado. De cuando en cuando, el hombre llegaba de la montaña, escurriéndose con esa habilidad que aprendiera del tacuazín y el mapache, convecinos de selva, y medrosamente, jadeosamente, entraba en la casa de la india para ver al hijo, para llorar ante el hijo que siempre le temía, más aún ahora que su ropa hecha girones mostraba la angulosidad de sus huesos envueltos en aquella piel cobriza. El niño había cumplido cuatro años. Era blanco y rubio, robusto, pero triste. En su almita tímida parecía pesar constantemente el fantasma de su padre, aquel ser grotesco que lo castigara tantas veces con cara de piedad. ¿Por qué aquel hombre era así? Empezaba a distinguir el infante la hipocresía en el ser humano, sin saber cómo nombrarla y espantándolo más que nada. Se había visto ya afrentado por muchos en la sangre de su padre, había oído que su padre, aquél, era un ladrón y un sacrilego y no lo dudó jamás, hubiéralo creído todo antes de creer que su padre era un santo. La madre

confirmaba de un modo vago aquella historia y el niño había oído llamarle con sus labios: “perro sarnoso”.

Cierta noche el hijo había denunciado al padre, corriendo a la calle, y llamando a voces a los vecinos: “al ladrón, al ladrón”, decía. Y armados de garrotes las gentes, los soldados, corrieron en la noche tras el hombre, que huía, huía locamente, con lágrimas en los ojos como un perro acosado. Una piedra lo derribó en el polvo, pero logró ganar a rastras el bosque y con ayuda de las tinieblas volver a verse libre.

Anduvo, anduvo mucho, arrastrándose en lo más intrincado de la selva, ganando largos trechos en medio de los arroyos, durmiendo en las ramas de los altos árboles, por temor a las fieras, despedazado el traje y la piel... y el corazón. Comía raíces cuando no hallaba frutas y oraba arrodillado en los riscos o en los claros del bosque donde el sol caía a plomo en las horas meridianas.

Una honda herida le cruzaba la frente en sentido diagonal y el pus amarillento, trasudando sobre una carnaza verdosa, de gangrena, se confundía a veces con sus lágrimas. Veníanle cortos estremecimientos de frío y largos lapsos de fiebre cuya sed calmaba, a falta de agua corriente, con la de los pantanos apestosos o con la humedad salobre de sus lágrimas.

Una hermosa noche de luna llena, en el paroxismo de su fiebre, sentado sobre la hojarasca, en un claro del bosque, vio llegar una hiena de ojos sanguíneos y erizadas cerdas que, parándose frente a frente, lo miraba en silencio. Hizo la señal de la cruz y sus recios labios articularon apenas el nombre de Jesús. La fiera entonces se convirtió en una piedra. La sed apremiaba. Grandes gotas de rocío caían de las altas hojas acariciando dulcemente la faz del moribundo. De pronto un agitar de alas abatió el aire por sobre su cuerpo y cuando el fraile logró entreabrir los párpados, vio ante sí una sombra oscura que tenía dos enarcadas alas abiertas como las de un ángel y que tendía las manos hacia él.

Con un esfuerzo supremo, logró sentarse y abrir los ojos. Tenía ante sí un ángel, pero era un ángel negro, de clámide vaporosamente negra y que llevaba entre las manos un cáliz, negro también, lleno hasta los bordes.

El ángel invitaba y el fraile, ya sin llorar, ya sin recelar, como en un vago sueño, tomó de las manos angélicas la copa y la vació anhelante.

Luego entró en un pesado sopor y cuando los pájaros lo despertaron con sus melodías salvajes, el bosque se doraba al sol y él se sintió fuerte, sano y alegre. Sobre su frente la herida, cicatrizada ya, estaba seca.

Largo tiempo meditó sobre aquel extraño y milagroso sueño y no supo pensar si el favor le llegaba del cielo o del

infierno, por la mano de un arcángel sombrío o por la de un demonio quemado. Seguro de que su alma estaba ya vendida a Satán, no vaciló en creerlo todo obra suya. Así le prolongaba la vida para su servicio, que él prestábale gozoso por amor a Jesús. Comparó ahí mismo su vida con la de los reptiles que trepaban por las ramas anillándose y babeando encima de las hojas lustrales. Había sido su vida para la traición y el crimen, deshonrando primero a una virgen, martirizando después a un niño, robando las joyas sagradas de un altar... Pero al ver a los pájaros espulgándose entre las ramas floridas y las mariposas flojamente alegres entre el frondal, creía oír una suave voz como la del arroyo que le decía: “Todo por el amor de Jesús. ¿No salvaste, acaso, del pecado mortal a un niño mal avisado? Cuando maltratabas a tu hijo, ¿no desgarrabas tu propio corazón y hacías brotar en aquél las flores de amor para la buena madre? Has librado del infierno a dos hombres tentados por el Maligno. ¿No es todo eso amor? ¿Cristo no habría hecho otro tanto?”.

Al pensar así se horrorizaba. ¡Oh, no! Nuestro Señor no habría cometido infamias tan grandes. Habría hallado el modo de arreglarlo todo bien...

Sentíase perdido irremediablemente y, sin embargo, confiaba en la clemencia de Jesús, en aquella injusticia de Dios que se llama misericordia.

Arrodillose el santo hombre entre las frescas hierbas y dio gracias al cielo que aún reservaba para su pobre vida la protección del Demonio. Así permaneció largo rato en éxtasis ante toda aquella grandeza. Los altos troncos escurrían el rocío que resbalaba en fogosas gotas de oro o en argentados regueros. Los pájaros festejábanse en el grato calor del ambiente, derrochando la alegría de sus corazones musicales entre las hojas esponjadas y un tierno perfume de menta subía en lentos efluvios, ungiendo el aire y suavizándolo. Todo parecía querer cantar. Fray Uraco sentíase ágil, rejuvenecido. Se alzó por fin y, tomando entre sus manos una rama a modo de cayado, marchó entre las plantas admirando a su redor de un modo gozoso la belleza de las cosas terrenales.

Así anduvo mucho tiempo y, por fin, llegó a una pradera donde las altas hierbas, cimbrando al soplo de la brisa, iban desvaneciendo su verdor hasta azularlo en la lejanía donde una laguna de coruscantes aguas resplandecía bajo el sol.

Respirando tanta amplitud, el santo varón alzó las manos en un abrazo a la gloria y a la hermosura del paisaje, cuando de uno de los árboles vecinos vio saltar un enorme gato, un jaguar de tonos metálicos.

La maleza se abrió en un ancho trecho y un grito de espanto, que paralizó al pronto a fray Uraco, hizo callar a

los pájaros. Vacilante el santo hombre, se acercó y vio lo que pasaba.

Tirado en el suelo, con las patas al aire, un cervato, sangrando ya, hacía desesperados esfuerzos por librarse de la fiera que, cual si se gozara en su obra, tenía cogido bajo una de sus patas, pesadas como peñas, y mirábale de hito en hito, con voluptuosa complacencia.

El jaguar alzó la pata para destrozar por fin la cabeza del indefenso ciervo, pero en aquel momento una mano fuerte lo sujetaba y arrebatábale la presa con la rapidez del viento.

El terrible felino recogióse, sorprendido al pronto. Era fray Uraco que lo arrojaba a un lado con increíble audacia, gritándole cual si hubiera podido entenderle: “¿Qué haces, pobre bestia?”, y rompiendo la columna al cervato de un solo golpe con su bastón, lo arrojó muerto a los pies de la fiera, gimiendo: “¡Toma, Dios me perdona!...”.

Después de mirarlo de un modo estúpido, con la presa entre las fauces, el jaguar, de un salto, penetró en el bosque.

Todo aquel día, que fue ardoroso y largo, permaneció el santo hombre, tendido boca abajo, en penitencia, en aquella pradera, bajo una cerrada nube de tábanos.

Otra vez débil, dolorido, fatigado, a la caída de la tarde, el santo varón, emprendió el éxodo. ¿A dónde iba? ¿Cuándo llegaría? ¿Por qué sus pasos seguían el rastro

fulgurante de una esperanza? ¿Por qué el Señor no lo arrojaba de una vez entre las llamas del infierno, aquel infierno de sobra ganado por él al servicio de Dios?...

Derivó toda la noche por aquella pradera, a la luz de la luna. Ya no podía ver el lago, y las hierbas, cada vez más altas, impedíanle a ratos ver el cielo. Caminaba haciéndose paso con esfuerzo y aprovechando las brechas abiertas por los ciervos, que agitando el mar de verdura, como ráfagas vivas, huían al percibirlo.

La noche siguiente la pasó toda andando siempre entre la hierba, con el agua hasta el tobillo, hundiéndose a veces en el fango de donde no creyó salir más. Los ofidios huían casi entre sus piernas, silbando recelosos. Sin hacer caso alguno de él las grandes iguanas de corroncha esmeralda subíanle por los pies persiguiendo a los insectos que en un monótono zumbido, no interrumpido, arrullaban el silencio nocturno, perfumado y lunecido.

Rendido, hambriento, sudoroso, con una sed que lo estrangulaba, los pies llagados, desangrado por los insectos que no se atrevía a espantar de sus carnes por temor a matarlos, Uraco llegó por fin, antes de la aurora, a orillas de una laguna. Tendido de bruces, sació la inmensa sed. Tuvo aún fuerzas para lavar sus miembros derrengados del cieno que los cubría y para comer algunos icacos que pudo encontrar a orillas del agua. Luego, acostado entre dos raíces, quedóse profundamente dormido.

Era ya mediodía cuando un extraño rumor lo puso en sobresalto. Dos saurios, con las cabezas fuera del agua, lo contemplaban moviendo la cola con lento ondular que estelaba el agua verde. Era su quietud casi cariñosa, como en muda oración y protección. Tendidos largos en la calma del agua cortaban con sus masas oscuras la reverberación, como manchas en una gigantesca esmeralda. Uraco los miraba con repugnancia. Sentía su cuerpo maltrecho y atrofiadas las articulaciones.

No podía apenas moverse y veía con espanto las fauces, cada vez más cerca de sus piernas.

¿Iba, pues, a morir de tan cruel manera? Comenzó a rezar sin tratar ya de levantarse. Pero los saurios, en vez de morderlo, se arrastraban a sus pies y lo acariciaban como mejor podían, chafando las trompas ásperas en sus pantorrillas.

Uraco comprendió: aquellos bichos lo adoraban como a un dios. ¡Verdad!... Los reptiles son seres que adoran a Satanás. Gruesas lágrimas brotaron en sus ojos y quiso hacer con los dedos la señal de la cruz, pero estaba todo él entumecido y no lo pudo lograr.

Un día topó en la pradera con un piquete de soldados que iban a Jutiapa a las órdenes de un sargento llamado Fernán Pereda. Trató de huir, pero fue cogido y conducido con las manos atadas y a pie entre dos caballos.

Al llegar a Jutiapa nadie hubiera podido reconocerlo. El polvo lo había puesto gris y estaba tan flaco y extenuado por la fatiga que sólo un milagro lo mantenía en pie.

A los pocos días se le dejó libre y fue tenido por loco al principio y después por santo. Todos los días se le veía por la plaza haciendo penitencia, arrodillado en una piedra angulosa y golpeándose el pecho fuertemente con ambos puños, elevada la faz al cielo, corriéndole las lágrimas por las descarnadas mejillas.

En aquel lugar vivía un mestizo llamado Orlando, hijo de una liberta anciana, hombre corpulento y bien intencionado que hacía el oficio de herrero.

Orlando acogió a Uraco en su choza, cuidando de él como de un hermano, compartiendo con él el pan de su casa y protestando de la ayuda que el buen fraile le prestaba casi forzosamente, tirando todo el día del fuelle de la fragua.

Cierta vez pasó por el camino una comitiva, llevando en una litera a una enferma. Venía de muy lejos y estaba compuesta de caballeros, soldados y frailes. La enferma era la mujer del oidor Álvaro Gómez de Abaunza y había sido secuestrada, como consecuencia de un ardid tramado por el gobernador Valverde, mortal enemigo del oidor. La joven acababa de ser rescatada, pero

con tan mala suerte que una flecha envenenada le había herido ligeramente el muslo y durante la jornada la acción del veneno la había postrado y la había puesto mala.

Detúvose el cortejo a la sombra de una ceiba y dos caballeros, desmontando se llegaron a la herrería donde el buen Orlando castigaba a la sazón la punta de una lanza. Uraco, con los ojos extraviados, miraba lánguidamente las brasas, que ardían torturadas por el fuelle y tiraba de la cuerda.

Al ver llegar [a] aquella gente, el herrero suspendió su trabajo y vino a recibirles en actitud servicial.

Uno de los caballeros dijo:

—Decid, buen hombre, ¿por ventura tenéis noticias de algún hechicero, curandero o cosa por el estilo, que haya en esta población y que quiera venir al momento? Será bien pagado.

—Lejos de aquí —dijo Orlando— hay una mujer bruja, pero no veo la razón de llamarla habiendo en Jutiapa un facultado doctor en medicinas, el hermano Claudio, prior del convento.

—No es —dijo el otro caballero— un médico lo que tenemos menester en este momento, sino un hombre o una mujer que sepa curar las heridas emponzoñadas, que causan las flechas de los bárbaros.

El ex fraile, que se había acercado a escucharlos, se adelantó a los caballeros y dijo:

—Yo sé curar heridas, pero de un modo tan primitivo y cruel, que acaso no convenga a vuestras excelencias.

—Decid cuál —dijeron a una los visitantes.

—Succionando la herida con los labios.

El más alto de los caballeros dio un bote y echó mano a su espada mientras sus ojos inyectados parecían querer devorar al santo fraile, que bajó humildemente los suyos y esperó la carga. Pero el otro interpuso su brazo y dijo al oidor, que no era otro el enojado:

—Pensad, señor De Abaunza, que la vida de vuestra esposa está en grave apuro y que tal es siempre de grosera y dolorosa la curación, como la dolencia que la necesita.

—Pero —dijo el oidor— ¿voy yo a permitir que labios plebeyos y oscuros se posen en las carnes de doña María, aunque fuera en otra parte menos vedada de su cuerpo? ¡No, mejor se muera!

Dio media vuelta y fue a reunirse con el cortejo. El otro caballero, moviendo la cabeza a la vez que encogiéndose de hombros, se fue tras él.

El herrero dijo volviendo a tomar el mazo:

—¿Por qué no lo hace él?...

Pero Uraco no contestó. Inmóvil en el camino, me-

ditaba y se ponía poco después de rodillas para orar por la desgraciada peregrina.

En aquel momento se oyeron gritos y carreras. Un hombre vino por agua. La enferma se moría. Un viejo fraile se preparaba para la extremaunción. Caía la noche y, entre retazos de cielo verde, palpitaban ya las primeras luces del espacio y las sombras se tendían en el camino, inundando las veras.

Todos estaban de hinojos en redor de la litera de doña María. El señor De Abaunza, con el rostro entre las manos sollozaba. El fraile viejo, con las manos en cruz, rezaba apuradamente, y pálida sobre las mantas acolchonadas con hierbas, la enferma con la fiebre muy alta, se estremecía apenas y por ratos llevaba las manos a la garganta y un grito ronco se escapaba de entre sus labios, llenos de espumarajos y de babas. Era joven y bella sin duda. Negros los cabellos, y rizados, y los dientes menudos y brillantes como las perlas.

Sus bien formados senos transparentábanse bajo el escote blanco y con blanda turgencia bajaban y subían inquietos como las ondas de un lago reposado.

Un cántico de buena-muerte se alzó de pronto, mezclándose su seca resonancia con los húmedos sollozos del marido. Pero he aquí que una sombra se adelanta entre las sombras y abriéndose paso entre la asustada comitiva, se llega a la enferma y tomándole las manos con brusco

ademán, la hace erguirse en el lecho de muerte y una voz ronca, trémula, candente, le grita:

—¡Álzate y sana en nombre del Demonio!

La consternación deja paralizados a los circunstantes, que escuchan aquello llenos de pavor.

El señor De Abaunza, en pie, no osa dar un paso. Con el cuerpo tembloroso, los ojos espantados y los labios flácidos, mira aturdido cómo Uraco ayuda a su mujer a erguirse, a reclinarsse en las almohadas. Observa la rápida reacción en la agonizante quien respira ahora mejor, entrebrea los párpados, deja de estar convulsa y se queda dormida y como sonriente.

Tres frailes lanzáronse entonces sobre Uraco y con la furia de unos poseídos empezaron a golpearlo con las cuerdas arrancadas de sus sayos, exorcizándolo a voces y maldiciéndolo.

Uraco, encogido, sumiso, embriagado por un vago misterio de horror y de grandeza, mezcla de terror y orgullo, que brotaba del fondo de su ambiguo ser, cayó arrodillado en el polvo del camino, sintiendo doblegarse su alma bajo el peso de lo sobrenatural, como una rama cargada de frutos agrídulces y sintiendo en sus carnes, como caricias los golpes, mientras sangraba la miel de perdón por las heridas que en su espíritu causaban las maldiciones de los franciscanos.

No cabía duda de que se había operado un milagro, de que él, Uraco, en nombre del Demonio, amo y señor de su alma que cada día se alejaba más de Dios por el inmenso amor que le guardaba, había hecho un milagro, arrancando de la muerte a doña María. Casi tanto como hiciera aquél que alzó de entre los muertos a Lázaro, con un breve “*Surge et ambula!*”. Pero ¡oh!, ¡de qué distinta fuerza se había valido su loca abnegación!... Nada había impedido al Maligno el concederle a él, a él solo, el don de desviar el inminente zarpazo de la muerte, el de hacer posible lo imposible.

Luego, entonces, el Demonio lo protegía aún, cedía a sus ruegos, condescendía... Había, pues, en él, algo que ganar. Tenía aquél interés en servirlo, en atraerlo. No lo abandonaba como a cosa propia, suya, ganada, presa ya en sus redes. Había un lazo que lo ataba todavía al reino de los cielos. Quedaban en su rosal algunas rosas. Podía esperar misericordia.

Esta duda preñada de misterio, llena de una dulce promesa, bálsamo de esperanza, pesó en aquel momento sobre el alma del fraile arrodillado, que sonreía llorando, sin hacer esfuerzo alguno por escapar a la cólera de los exaltados religiosos.

—¡Brujo! —gritábanle—. ¡Energúmeno, hechicero infernal! ¡Devuelve a Dios el alma que reclama y que le ro-

bas condenándola en los antros de Satán, por un miserable préstamo de vida! ¡Aleja el hechizo! ¡Devuélvenos el alma de doña María, que sólo es del Señor!...

Y seguían maltratándolo despiadadamente, hasta que un brazo fuerte y rapaz les arrancó las cuerdas arrollándolos en bravo empuje y amparando contra su pecho al ex fraile, que estaba ya casi desmayado. Era Orlando el herrero.

El señor De Abaunza, que había presenciado indeciso la escena, intervino entonces, pidiendo piedad para aquel hombre que, bueno o malo, le había devuelto lo que más apreciaba de sus bienes terrenales. Quiso hacerles ver que su esposa no tenía por qué temer nada del Maligno, pues que no había contraído con él deuda de alma y que, por el contrario, todo se había hecho a cargo y razón del hereje, a quien había de corresponder, y con justicia, entregándole dos talegos llenos, para su bien gozar, antes de la eterna condenación.

Los franciscanos discutieron y protestaron, descarnando un odio loco hacia aquellos blasfemos mestizos, a quienes acusarían y llevarían ante el tribunal inquisitorial a más tardar enseguida; montando, en efecto, y alejándose por la sombría calle hacia el convento.

Doña María, entretanto, habíase reanimado y sosegadamente, pálida y flácida, pedía un poco de agua y una calma para su sueño. Sentíase mejor. No le dolía la herida y sólo un leve mareo la tenía indispuesta.

Suave claridad se diluía en el espacio, azulando la noche y dulcificando el paisaje. Era la luna anunciando su orto tras los cerros enmontañados que en oleadas inmensas invadían el sereno horizonte. Brisas extraviadas hacían cimbrar las ramas negras, en todas direcciones, produciendo en las frondas un vago rumor de marea. El señor De Abaunza, turbado, sí que contento, se acercó a la choza en donde Orlando lavaba con ternura de padre las carnes maltratadas del santo.

—A fe mía —le dijo— que sólo hallaréis salvación en la fuga. Tomad ese oro y huid por las montañas a otra parte, pues esos frailes os matarán de fijo.

—Yo no puedo dejar a mi madre —dijo Orlando— y tampoco puedo llevarla, puesto que no se halla en condiciones de hacer una jornada. Está ciega y paralítica.

Y luego, bajando la voz e inclinándose sobre el oído del caballero, murmuró:

—Este hombre, a quien he dado asilo en mi casa, es tenido por loco y nada habrá de ocurrirle, mas yo creo que antes bien es un santo y no un loco o un demonio.

—De que es un hechicero a mí no me resta duda, ha pactado con el Diablo. Ya habéis visto cómo en su nombre ha devuelto la salud a mi esposa —contestó el oidor meneando la cabeza—. Lo ahorcarán o lo quemarán en público. Haced lo que os digo si estimáis en

algo vuestro pellejo. Podéis tomar dos de mis bestias y marcharos a Cuscatlán.

—Yo no debo dejar a Orlando —dijo Uraco contrito—. Es el único ser que ha aprontado un bálsamo a mis dolores.

Pero Orlando protestaba y quería que el ex fraile se fuera y lo dejara abandonado a su suerte.

Uraco prometió al fin marcharse, y despidiéndose con lágrimas y sollozos, montó y se perdió en los recodos del camino. Pero no bien hubo andado una milla, cuando se detuvo en un bosquecillo en el que dio libertad a su caballo y rondando el pueblo volvió a entrar en él y se ocultó en la casa de un anciano, su amigo.

Al día siguiente, Orlando había sido preso y conducido más tarde ante el Santo Oficio. Era acusado de convivir con el Demonio, de darle asilo en su casa, de haber blasfemado, de haber maltratado a unos frailes, por lo que fue condenado a morir en la hoguera, pero por intercesión del señor De Abaunza se le permutó por la muerte a palos.

Sin embargo, se presentaba una gran dificultad para llevar a efecto la condena. No había verdugo en Jutiapa y por halagadora que se hizo la oferta, nadie quiso hacerse cargo de la plaza. El que hasta entonces había hecho de verdugo, estaba en cama moribundo, con fiebre maligna.

Ante semejante contratiempo, el ávido furor de los frailes se encabritaba y rugía, pero con el transcurso de

los días se apaciguaba y se aplacó a tal punto que ofrecieron a Orlando el perdón de su vida, para que se hiciera cargo de aquel infame oficio de que tanta necesidad había el clero vengador.

Orlando aceptó, por su madre y por su vida, llenando de gozo el alma de los crueles, que miraban en su recia contextura un soberbio ejemplar del verdugato.

No se sonó siquiera en buscar a Uraco, tan convencidos estaban de que se trataba del Demonio en persona.

Doña María estaba ya completamente repuesta, su herida casi cicatrizada, y a los pocos días pudo seguir su viaje a Santiago de Guatemala, en donde pensaba acabar de restablecerse con ayuda de Dios y de la ciencia.

Dos meses habían transcurrido después de los acontecimientos que quedan descritos. De nuevo se reunía hoy el tribunal inquisitorial, para juzgar a dos hombres que habían robado a un fraile cuando se encaminaba a la capitania, conduciendo diezmos de Sonsonate. Los ladrones fueron condenados a la horca, para lo cual se dio aviso al verdugo, quien debía ejecutarlos al amanecer del día siguiente.

La noticia se corrió por el pueblo, despertando en todos una salvaje curiosidad.

Hacía seis meses que no ocurría en aquel lugar cosa semejante.

La gente y, en especial, la soldadesca, tenía sed de sangre.

Aquella noche una sombra furtiva rondaba la casa de Orlando el verdugo, se ocultaba tras los troncos del solar propincuo, pasando inquieta de uno a otro y avanzando cada vez más. Una luz brillaba en la ventana y se oían las voces de dos hombres y el arrastrar intermitente de una cadena de grillete.

La noche estaba oscura. El silencio era sólo cortado por el grito de los tecolotes y el chirriar de los grillos. De vez en cuando, un rápido lampo llenaba el cielo de un ámbito a otro, dejando ver las nubes, que en muda avalancha invadían los cielos.

Dos hombres salieron al camino y se dispusieron a entrar en el pueblo. Uno de ellos era Orlando que llevaba una cadena atada al tobillo y rematada por una bola de hierro, que recogía con sus manos para poder andar con libertad. El otro caminaba sin cadena y hablaba acaloradamente.

Entonces el espía saltó al camino y, aproximándose por la espalda con atolondrada decisión, se arrojó sobre el gigantesco verdugo. Un puñal brilló a la luz de un relámpago y un grito ahogado se escapó de los labios del herrero, que cayó muerto al momento. El otro arremetió contra el traidor y lo desarmó sin esfuerzo. A la luz de los lampos, reconoció la renegrida y llorosa cara de Uraco el ex fraile, el endemoniado. Llevole preso.

Al día siguiente, una multitud ávida, descaradamente cruel, se aglomeraba en redor del patíbulo.

En un montículo convenientemente allanado se hallaba la mesa de los jueces. Altos clérigos presidían ataviados con tricornios y dalmáticas negras. Sus caras de pedernal, impávidas y rígidas, se enmarcaban en las espumosas golas de encaje, con terrorífica expresión de inmutable rigor.

De pie sobre el tablado, había un hombre negro y escueto, que no era Orlando y que, con las cuerdas enroscadas a los brazos, permanecía quieto, con los ojos fijos en el lejano cielo, como si se hallara en meditación y lejos de la muchedumbre, que fijaba espantada sus ojos glotonos en el que había reconocido ser Uraco, el que fue loco, pasó a ser santo y se tornó un día demonio.

El santo hombre había llegado al patíbulo, no para purgar en él la larga cadena de crímenes en que su vida se había resuelto, sino como verdugo, para continuarla, para desbordar en sangre hermana todo el inmenso amor de su alma, enajenada por amor, loca de amor, sublimemente mala.

Era una vez más el instrumento de la fatalidad, apartando siempre la mano que se tendía en servicio del mal, para interponer la suya. Vengador de extraños odios, colmador de ajenos instintos rapaces, había dado muerte al hombre que lo acogiera con los brazos abiertos, lo sentara en su mesa, compartiera con él su lecho.

Alevosamente, por la espalda, había asesinado a Orlando; Orlando, caritativo y noble espíritu que lleno de gozo le dispensara una decidida protección.

Él haría ahora de verdugo, no sabía cuánto tiempo, hundiendo sus manos hasta el fondo en la sangre del Señor, para que otras no se mancharan. Para él sería todo el fango. Él arrollaría con toda la infamia de la Tierra, arrebatándola a los otros, a estocadas si se hacía preciso. Sólo él cargaría con las culpas, cayendo y alzándose apenas, para recoger un poco más de escoria. Arrastrando en su camino aquel fardo de su conciencia, lleno de horror y de dolor, como Jesús en la calle de la amargura con la cruz de su gloria.

Cristo había venido a predicar el bien. Él no lo predicaba ni hubiera soñado esperar mejor cosecha. Él venía para amenguar el mal. No para lavar la mancha de los hombres, sino para evitar que se mancharan más. Hubiera querido ser múltiple en el mundo. Alargar su brazo entre los hombres, doquiera el mal estaba por hacerse. Extender el radio de sus crímenes por el orbe entero. Hacerse el instrumento del mal de y para la humanidad. Luchar por ser él solo el cruel, él solo el monstruo, él solo el maldito. Luchaba, en fin, por monopolizar el pecado. Por ser el Demonio. Luchaba, pues, por ser el Demonio, pero un Demonio egoísta, que acaparara para sí todo el mal de los hombres. No permitir que otro untara sus manos en su

fango, su tesoro, el suyo, ganado al mundo en noble lid y por servicio del Señor.

Sentíase soñando, algo así como el agua de un bautismo más amplio que el de Juan, pues que corría por el cuerpo de los pueblos, lavando no sólo la mácula del pecado original, sino todas las manchas. Él quería ser la fuente inmensa, fuente de amor, para las abluciones de una humanidad asaz mugrienta, aunque la claridad de sus linfas quedara convertida en turbia grasa de pecado, negra como la pez, hedionda como la propia podredumbre. Una instintiva esperanza le quedaba, así y todo, pues, harto sabía él que de la podredumbre brota el germen de la vida y que la misericordia y la dulzura de Dios penetra hasta el antro más profundo de los infiernos del infierno.

Ahora está preparado para ahorcar a dos criaturas que habían sido tentadas por el demonio de la codicia. Mañana tendría que alzar el hacha sobre el cuello de nuevas víctimas, que encender la pira de espantosos suplicios, que horadar las carnes con hierros candentes, arrancar la piel de sus hermanos con tenazas dentadas, magullarles las espaldas a fuerza de garrote y quizás ahogarlos entre sus propias manos. Pero no lo harían otros.

Pasó el tiempo. La debilidad de Uraco fue siendo poco a poco conocida sin ser comprendida. Los ladrones, los

asesinos, los traidores, todos los prostituidos y malhechores lo buscaban y lo empleaban en las más viles tareas. Al mismo tiempo, la astucia, el arrojo y la cautela se habían desarrollado grandemente en el santo, con la práctica de la misión impuesta y una instintiva necesidad de conservarse sano y libre para llevar lo más posible su cometido.

Toda esta gente depravada, en vez de amar a Uraco por su abnegación para con ellos, arrancando de sus manos el puñal del homicidio, robando para ellos, aun lo que para él era más sagrado, y cometiendo en su favor las más grandes atrocidades, se mofaba de él a sus espaldas, lo llamaba imbécil, hipócrita y maniático y lo hubiera visto de buena gana empalado, cuando menos.

Uno entre ellos había, llamado Gargo, que lloraba de risa oyendo a sus compañeros de hampa y crimen relatar los hechos del ex fraile. Decidió un día jugar una mala pasada al verdugo, deseando probar hasta qué grado llegaba su locura.

Era el día de *Corpus Christi*. Aquella mañana se celebraba en Jutiapa una misa solemne. La plaza estaba repleta de gentes, reinando una algarabía y un tumulto pintoresco.

Una mujer, hermana de Gargo, el truhan redomado, se finge enferma de gravedad y manda a llamar a Uraco, quien acude solícito, como siempre que algún enfermo necesita de sus cuidados.

La casa de esta hembra prostituida estaba en los alrededores y allá se apresuró el buen hombre, sin sospechar siquiera en un embuste.

Mientras atendía a la supuesta enferma, entraron en la casa diez o doce indios de Mita, armados con hachas y palos, vociferando, y maldiciendo contra Cristo y su santa memoria. Iban capitaneados por Gargo y clamaban rebeldes, contra los frailes y los santos, anunciando la palingenesia de los ídolos mayas.

Escandalizado el santo, trató de contrarrestar las iras y blasfemias de aquellos energúmenos, sin éxito y quedando completamente aturdido al escuchar a Gargo los propósitos alentados por la turba. Irían aquella mañana a la ermita y en pleno corazón de los oficios invadirían, saquearían, harían pedazos la imagen del crucificado, para que fuese sustituido por Kukulcán.

Uraco elevó las manos al cielo y con lagrimosa voz pidió perdón al Dios supremo, para aquéllos, que una vez más no sabían lo que hacían. Luego, en un arranque de heroico amor, ofreciose para ser él quien destronara la imagen sagrada de su divino palo. No podía dejar que aquellos pobres indios anegaran sus almas con el más espantoso de los sacrilegios cometido en la faz de la Tierra por los descarriados hijos de Adán.

Era el momento calculado por el vil Gargo. Dijo:
—Tú, serás el protegido de Quetzalcóatl, tú serás

glorificado. Arranca del leño a ese intruso dios blanco, de los blancos, y hecho para escarnio de nuestra raza, que no supo hacer perdurar la influencia de sus dioses. Mañana, Kukulcán coronará el altar de esa ermita y en su loor se sacrificarán tres frailes barbudos. Todo está dispuesto para el motín.

Corría el año de 1595.

Mientras tanto, en la ciudad de Guatemala, el provisor del Obispado, fray Cristóbal de Morales, concertaba con un pobre escultor, llamado Quirio Cataño, un crucifijo.

Era Quirio Cataño un inspirado artífice, aunque su nombre vagaba aún en las tinieblas y su estómago se resentía muy a menudo del malcomer. Fray Cristóbal habíalo amparado bajo su protección y, observándolo de cerca, llegó a descubrir en él un refinado espíritu de artista. Los leños informes astillándose entre sus manos tomaban divinas formas. La sórdida palidez de los lienzos cobraba, al contacto de su brocha, una vida palpitante. Un día salió de entre sus manos el cristo yacente más patético: hecho en un tronco de naranjo, tenía la palidez de un cuerpo muerto, que el tinte natural de la madera le daba a perfección. Fue el primer paso en firme que Cataño diera hacia la celebridad, en el camino de las divinas imágenes. Su triunfo fue ruidoso, visto lo cual, el reverendo fray Cristóbal le encomendaba ahora una

representación del crucificado, para lo cual pediría durante 40 noches la inspiración sacra, que había de iluminar la concepción del artista, sin duda alguna. Pagaría a Cataño 100 tostones de a cuatro reales de plata cada uno, adelantándose al efecto la mitad más diez de ellos y acumulando sobre su cabeza todas las bendiciones del cielo. El cristo lo destinaba para el lejano pueblo de Esquipulas y dejaba a voluntad del escultor todo el proceso, encomendándole tan sólo que debía medir, en la imagen, vara y media de alto.

Tan delicada encomienda torturó el espíritu de Quiro Cataño durante muchos días. Tres intentos hiciera y otras tantas veces fracasara, desesperado y pidiendo de rodillas la sublime luz de que su impulso carecía.

Fue entonces cuando la noticia del horrendo sacrilegio cometido en Jutiapa, en la divina imagen del Señor, corrió por Guatemala escandalizando al vecindario, que indignado reclamaba una pronta venganza. Algunos no podían imaginarse cómo pudo llevarse a cabo tamaña afrenta, sin que un rayo conductor de la cólera divina fulminara al osado. Era el caso que un hombre llamado Uraco, de pésimos antecedentes, y a la sazón verdugo de Jutiapa, había penetrado, durante la misa del *Corpus*, a la ermita y, arrojándose en el retablo, había echado a tierra, con la ayuda de un hacha, la imagen de Jesús.

Sola, había quedado la cruz, mostrando los clavos escuetos. Indios religiosos de Mita y Camotán se habían apoderado del malvado y pedían a gritos por el pueblo la crucifixión de éste en la misma cruz que su hacha acababa de dejar vacía.

El clero, furibundo, en consejo, había resuelto que así se haría, y después de formar el tribunal del caso, fue condenado Uraco a cargar aquella cruz hasta la cumbre de los cerros en donde un hombre, conocido con el nombre de Gargo, se ofrecía para clavarlo y darle una lanzada en el costado. Aquel infame debía padecer, por fallo de los jueces, las mismas penalidades de que fue víctima nuestro Salvador. Sería azotado, escupido, abofeteado, coronado de espinas, cargado con la cruz y por último enclavado en ella para escarnio de blasfemos y lección de herejes.

Inútil es decir que Uraco protestó desesperadamente por aquella determinación tan absurda. No merecía su inmunda persona tamaña gloria. Su muerte debía ser una muerte vil, a palos, en la hoguera, en la horca... No quería tocar con sus oscuras espaldas la cruz del Mesías. No quería mancharla con su sangre plebeya, ni merecía cargar con el leve peso del santo madero del que la maldad de los hombres lo había obligado a arrancar la imagen. Más sacrilegio sería entonces el de aquellos frailes que lo forzaban a ello, falsificando la muerte única del único hijo de Dios, con su infinitamente odiosa persona.

Pero todo fue inútil y el fallo se cumplió estrictamente. La muchedumbre fanática y sedienta de venganza descargó sobre Uraco toda la ira de sus negros corazones, reventándole las carnes a palos y llevándole al nuevo Calvario, cargado, no ya con el peso de la cruz y del insulto, sino con el de la vergüenza de que su dulce corazón se llenaba en el proceso de tan gloriosa condena.

Fue clavado, muerto de una lanzada, entre las carcajadas de aquéllos a quienes él mismo librara antaño del pecado, y abandonado a los zopilotes que ávidamente se cernían sobre su cabeza, haciendo espirales en el hermoso cielo azul.

Sólo un hombre, entre aquéllos que lo acompañaran en la vía de la dulzura y de la redención, lo había mirado con ojos de amor. Solamente uno había intentado por dos veces ayudarlo con la pesada cruz de nogal, imitando inconscientemente al Cirineo. Éste era Quirio Cataño, el escultor.

Habiendo llegado noticias de lo que ocurría en Jutiapa y de la extraña condena a que aquel monstruo se había hecho acreedor, y hallándose en las circunstancias que ya conocemos: apurado con el encargo de fray Cristóbal, falto de inspiración, indeciso y con las alas rotas por tres consecutivos fracasos, decidió ir a presenciar el suplicio que tan a propósito llenaría aquella gran necesidad, prestándole un modelo providencial.

Partió al instante y lleno de esperanza al lugar del suceso y llegó precisamente a tiempo de asistir al *via crucis* de Uraco.

Desde que fue iniciado el cumplimiento del fallo, sugestionado por la apariencia tranquila y dulce del preso, Quirio Cataño empezó a ver en él al Cristo de Galilea. Su dúctil imaginación de artista transportole presto a una época lejana, más de 1 500 años atrás, en un remoto país, donde idéntica muchedumbre acabara un día con el que había de ser amo y señor de las almas.

Siguió a Uraco entre todos; llenos de lágrimas los ojos, el corazón opreso y los labios amargos. Quiso ayudarlo con la cruz y no lo dejaron. Pretendió ofrecerle agua y lo expulsaron del grupo.

Siguió hasta la cumbre y desde lejos presencié horrorizado la crucifixión. Cuando uno de ellos le dio la lanzada, el grito de Uraco hizo estremecer todo su cuerpo y en su corazón sintió un sosiego inmenso cuando observó que había muerto. Oculto tras las ramas de los pinos, sus ojos bebían ávidamente el encanto místico de aquella escena.

Cuando todos se hubieron marchado, dejando aquella cruz, otra vez llena, enclavada en la cumbre, destacando su triste silueta sobre el cielo profundo de la tarde, Quirio Cataño acercóse trémulo y se quedó extasiado.

Ah, en la cruz, se veía, tal como lo describe la Pasión, extenuado por la fatiga, demacrado, cadavérico el semblante, pero siempre marcada la dulzura y majestad de su divino rostro. La difícil posición del cuerpo y de las tibias hacía resaltar las rodillas, teniendo como corridas hacia atrás las carnes de los muslos, en actitud de indicar gran fuerza, pues sostenían todo el peso del cuerpo, en tanto que los brazos que sufrían aún más daban bien a conocer, por la marcada alteración de los músculos que cubrían los hombros, cuánto habían sufrido en el martirio, como que de aquellas extremidades estaba suspendido el santo cuerpo de la cruz, sin más apoyo que la cuña sobre la que descansaban los pies.

Todo esto observaba con ligera ebriedad el buen Quirio Cataño, mientras hacía sobre un lienzo un boceto de Uraco en la cruz.

Pero ¿por qué era de color oscuro aquel Cristo? La sangre bermeja que goteaba de las heridas, o corría en regueros por el rostro, el pecho, las piernas y las espaldas, apenas si destacaba sus rosas en las carnes oscuras. De la llaga del costado, veíase escurrir la sangre, que se iba coagulando en la cintura y sobre el taparrabo indígena y un último grumo de coágulo quedábase en la herida misma.

Sabía Cataño, por la tradición, que el rostro de Jesús era hermoso, majestuoso, de color ligeramente trigüeño, sus cabellos de color castaño maduro y sus ojos avellana-

dos, y no obstante este rostro se aparecía humillado, largo y enjuto, sus cabellos y barbas eran negros y lacios y sus ojos veíanse profundamente oscuros y rasgados.

Pero de todo él emanaba un halo de espiritualidad y candor preñados de santidad que hacía florecer las manos de Cataño mientras, ávidamente, trazaba sus líneas e imprimía en el lienzo el tinte justo de la imagen. Para él era aquél un parecido, el inspirador divino de su obra futura y no quiso sacrificar a la historia ningún detalle, por pequeño que fuera. Haría un Cristo como aquel fantástico de la colina, oscuro y flaco, vaso de resignación, de piedad y de amor eterno, encajando el tamaño exactamente con el deseado por su protector.

Cuando Quirio Cataño, medio loco de júbilo, corrió cuesta abajo, después de haber diseñado el modelo de su obra, por los cuatro lados, caía la noche y las primeras aves negras se posaban ya sobre la cruz.

La obra de Quirio Cataño llenó de asombro a todos, por su pureza anatómica y su poderosa fuerza psicológica. La encarnación oscura de aquel Cristo fue atribuida a una evidente fuerza de concepción de la verdad histórica, que lógicamente nos lleva al hecho de que el cuerpo del Salvador con los golpes se puso cárdeno.

Para esclarecer la intención de Cataño se razonaba así: “Y bien: ¿no hemos leído que Isaías con su espíritu pro-

fético vio al futuro Mesías, muchos años antes de que apareciera revestido de nuestra carne mortal, reducido a la triste semejanza de un leproso, llagado desde la cabeza hasta la planta de los pies? ¿Y no se realizó esa profecía, cuando llegada la hora de la Pasión sufrió en su purísimo cuerpo más de cinco mil azotes, hasta quedar hecho una sola llaga, pudiéndosele contar todos los huesos? ¿No sabemos que su sangrada cabeza fue golpeada y herida, y cruelmente abofeteado su santísimo rostro? ¿No sabemos que corrieron por su faz hilos de sangre, efectos de aquella corona de espinas que taladró su augusta frente? ¿No sabemos que caminó para el Calvario, jadeante de cansancio, exhausto de fuerzas, bajo un sol ardiente, en medio de una nube de polvo producida por el tropel de la impía turba que lo seguía? ¿No sabemos, por último, que estuvo clavado en la cruz por espacio de tres horas, agonizando hasta morir? No debe, pues, extrañarse, sino admirarse el ingenio y habilidad del escultor, cuando representa así al Señor, tal cual debe representarse en realidad”.

Pero Quirio Cataño guardó su secreto en el más austero hermetismo, y la imagen de aquel hombre que se llamó Uraco y que tantos males hiciera en este mundo, para salvar de las llamas del infierno a otros tantos seres, condenando su alma, como él decía, en servicio de Dios y de los hombres, se trocó en la venerada efigie de Cristo misericordioso, que no pudiendo admitir su alma por de pronto

en el reino de los cielos, como tampoco enviarla a los profundos infiernos, la destinó a morar en el vaso de una santa escultura, colocándola así en el punto de unión de aquéllos: en la Tierra, que es lo más alto del infierno, y en su imagen, que es lo más alto de la Tierra y que se toca con la gloria.

Porque el alma de Uraco estaba condenada en el Cristo de Cataño, nimbándolo de claridad celeste, pres-tándole esa vida que sólo es propia de raras esculturas sagradas y que el artista parece recoger como una luz de lo alto, luz divina, presa en las líneas de sus obras, como un encanto que las inmortaliza.

Bien se comprende cuán grande, aunque errado y absurdo, era el espíritu de este triste mestizo desbordante de amor, que fue una víctima más de la ingratitud humana. Modelando su vida a la de aquél, no en lo de vidente y sapientísima, sino en su gran amor, a los hombres y las cosas, vivió luchando por ganarle almas a costa de la suya.

Sublime desinterés y abnegación la de este hombre, que se da al Demonio por amor a Jesús. Maravillosa antítesis de Cristo, que cree ser llegado, no como aquél, para purificar las almas con el bien, sino para salvarlas con el mal. No para organizar un ejército iluminado con la misma fuente de su luz, sino para luchar solo, tenazmente solo, arrancando en el corazón de los hombres esa roca del mal que en su caída lo arrastra a la sima profunda del infierno.

Loco sublime que hace vacilar con el empuje de su inmensa piedad las bases firmes de la ciencia cristiana; que ofrece lirios de sangre y da besos de fuego, colocándose en un círculo, fuera de las leyes divinas y demoníacas, hasta llegar, jadeando de amor y de dolor, a la conquista de un nuevo purgatorio, a la imagen de Jesús su Señor e involuntario guía, encarnando un Cristo terreno, un Cristo misterioso, un Cristo único, un Cristo, en fin, negro.

NOTICIA DEL TEXTO

El Cristo negro (Leyenda de san Uraco), de Salvador Salazar Arrué, se publicó por primera vez en 1926 (San Salvador, Biblioteca Cuscatlania de la Biblioteca Nacional Francisco Gavidia).

La segunda edición de esta novela incluyó un prefacio de Joaquín García Monge (San Salvador, Tipografía La Unión, 1936).

El Departamento Editorial del Ministerio de Cultura de El Salvador dio a conocer la tercera edición de esta novela corta en 1955.

Posteriormente, Hugo Lindo compiló parte del trabajo de Salarrué en *Obras escogidas* (San Salvador, Editorial Universitaria, 1970). En este volumen se incluyó *El Cristo negro*.

El Ministerio de Educación de El Salvador editó la novela en 1980, reimprimiéndola en varias ocasiones hasta 1994.

En 1977 se preparó una antología de los relatos de Salarrué: *El ángel del espejo* (Caracas, Biblioteca Ayacucho), con prólogo, selección y cronología de Sergio Ramírez;

materiales reimpresos en 1985. En dicha obra se incluyó *El Cristo negro*, proveniente de la edición de 1970 de *Obras escogidas*.

Más tarde, Ricardo Roque Baldovinos se encargó de compilar y prologar la obra de Salarrué en dos volúmenes. En el primero de ellos, *Narrativa completa I* (San Salvador, CONCULTURA, 1999), se incorporó *El Cristo negro*.

En Argentina, la editorial Buenos Aires imprimió *El Cristo negro* en el 2000.

Con una introducción de Philippe Ollé-Laprune, la Universidad Nacional Autónoma de México publicó la edición más reciente del texto en la colección Relato Licenciado Vidriera (2004).

Novelas en la Frontera agradece a Ricardo Roque Baldovinos el permiso para editar el texto preparado por él para *El Cristo negro* (*Narrativa completa I*, San Salvador, CONCULTURA, 1999, pp. 13-33). En aras de la uniformidad de la colección, se adecuaron los criterios y parámetros para esta primera edición en línea de la novela de Salarrué.

SALVADOR SALAZAR ARRUÉ TRAZO BIOGRÁFICO

Salvador Efraín Salazar Arrué nació el 22 de octubre de 1899 en Sonsonate, El Salvador. Tras el divorcio de sus padres —Joaquín Salazar Angulo y María Teresa Arrué—, el pequeño, de ocho años de edad, alternó su hogar entre San Salvador y Santa Tecla. Salarrué, seudónimo del autor, cursó los estudios primarios en el Liceo Salvadoreño y la secundaria en el Instituto Nacional; optó por la carrera de Comercio, sin embargo, no obtuvo el título de contador.

La familia Arrué vivía en medio de un flujo constante de visitas de intelectuales y artistas locales, situación que debió contribuir al desarrollo de la sensibilidad artística del futuro escritor. Desde los diez años, Salvador publicaba sus composiciones en el *Diario del Salvador*, fundado por Román Mayorga Rivas, personaje cercano a la familia Arrué, quien, asimismo, facilitó la difusión de los textos literarios de doña María Teresa Arrué y de su hermana.

La pluma no representó el único interés creativo del autor: compartió su vocación por la pintura con su

primo Toño Salazar, caricaturista internacionalmente reconocido; juntos ingresaron a la academia de Spiro Rossolino. Debido a sus notables dotes de pintor, Salarrué obtuvo una beca por parte del presidente Carlos Meléndez para asistir al Rock Hill College (Baltimore, Estados Unidos); a mediados de la segunda década del siglo xx, se trasladó a Virginia. A partir de 1917, y durante dos años, acudió a los cursos de la Corcoran School of Arts en la capital estadounidense. Concluyó su estancia con la exposición de sus primeros trabajos en una galería.

Regresó a su país natal con la intención de ser un pintor profesional; sin embargo, las condiciones ofrecidas por las artes salvadoreñas no eran suficientes para ejercer de manera redituable su oficio, y sólo pintó algunos retratos por encargo. Por ello, se vio obligado a escribir artículos para periódicos nacionales. Por esa época comenzó a rubricar sus textos con el seudónimo por el que sería reconocido: Salarrué.

En 1923 contrajo nupcias con la pintora Zélie Lardé, considerada una de las precursoras del primitivismo. No se separarían sino hasta 1974, año del fallecimiento de la también cantante. Con ella procreó tres hijas: Olga Teresa, María Teresa y Aída Estela.

Como oficial de la Cruz Roja, apoyó en las labores del campo de refugiados en San Marcos, población donde

instaló su estudio de pintura. Por aquellos días, conoció a jóvenes interesados en el quehacer literario, entre ellos, Serafín Quiteño, Carmen Brannon (Claudia Lars) y Julia y Tula Van Severen; posteriormente, se integraría al grupo Alberto Guerra Trigueros, poeta e inseparable amigo del autor.

Tras algunas experiencias descritas por Salarrué como propias de un cuerpo astral, decidió adentrarse, bajo la tutela de Guerra Trigueros, en la literatura teosófica, la cultura oriental y las doctrinas esotéricas, cuyo influjo se reflejó tanto en su producción artística como en *O-Yarkandal*, publicada en 1929 en el periódico *Patria*, dirigido por Alberto Masferrer.

En 1926 dio a conocer *El Cristo negro* y, al año siguiente, colaboró en el rotativo *Queremos*; el *Diario Salvadoreño* le otorgó un premio por *El señor de La Burbuja*. Este honor fue acompañado por el reconocimiento de autores como Juan Ramón Uriarte, Vicente Rosales y Rosales, y Francisco Gamboa. Incluso, el guatemalteco Rafael Arévalo Martínez afirmó que la calidad literaria de Salarrué se encontraba en el mismo nivel que la de Alberto Masferrer.

Publicó las series “Cuentos de barro” y “Cuentos de cipotes” entre las páginas de *Patria*, en donde más tarde laboraría como jefe de redacción. Los primeros se editaron nuevamente gracias a la mediación de Gabriela

Mistral, quien los hizo llegar a Joaquín García Monge para su aparición en *Repertorio Americano* (1931). Los *Cuentos de barro* vieron su edición definitiva en 1934, con grabados de José Mejía Vides. En 1932, *Repertorio Americano* divulgó “Mi respuesta a los patriotas”, una crítica del autor ante la masacre cometida por el gobierno del general Maximiliano Hernández Martínez contra el levantamiento campesino del occidente del país.

Salazar Arrué participó en el Congreso de Educación, celebrado del 6 al 12 de julio de 1941, en Ann Arbor, Michigan. En 1946 fue nombrado agregado cultural ante la embajada de Estados Unidos, país donde radicó hasta 1958. De vuelta a su patria, encontró un ambiente cultural en auge, generado y apoyado por instancias gubernamentales. De esta manera vio reimpresos varios de sus volúmenes: *El Cristo negro*, *El señor de La Burbuja*, *Cuentos de barro*, *Remontando el Uluán* y *Eso y más*; además de las primeras ediciones de *Trasmallo* y *La espada y otras narraciones*, y la edición definitiva de *Cuentos de cipotes*, con ilustraciones de Zélie Lardé. En 1963 fungió como director del Departamento de Bellas Artes del Ministerio de Educación, cargo al que renunció un par de años más tarde.

La última etapa de la vida de Salarrué transcurrió en Planes de Renderos, alejado de la vida pública; no obstante, fueron tiempos llenos de homenajes y condecoraciones: le

fue concedida en 1962 la Orden José Matías Delgado, con el rango de Comendador, y la Gran Cruz de Plata en 1973. En 1967 recibió, junto con sus antiguos compañeros literatos, Claudia Lars y Vicente Rosales y Rosales, 10 000 colones por parte de la Asamblea Legislativa, la cual reconocía sus méritos artísticos. El mismo año, el Estado mexicano le otorgó el premio Benito Juárez. En 1969, la Academia Salvadoreña de la Lengua le confirió una medalla de oro; al año siguiente, la Editorial Universitaria recogió, en *Obras escogidas*, la mayoría de los volúmenes publicados por el autor; además, reunió materiales inéditos como *Íngrimo*, *La sombra y otros motivos literarios*, *Vilanos* y *El libro desnudo*. Posteriormente, se publicaron las novelas *La sed de Sling Bader* (1971), *Catleya Luna* (1974) y, en 1975, el poemario *Mundo nomasito*.

El 27 de noviembre de 1975, Salvador Salazar Arrué falleció, tras haber luchado durante un año contra el cáncer.

El presente bosquejo biográfico se basa en “Salarrué, la religión del arte”, introducción de Ricardo Roque Baldovinos para *Narrativa completa de Salarrué I*, (San Salvador, CONCULTURA, 1999, pp. I-XIII). Novelas en la Frontera agradece el permiso del investigador para adaptar parte de su documentación.

NOVELAS en la FRONTERA

Gustavo Jiménez Aguirre, director

CONSEJO ASESOR

Sarah Aponte, The City College of New York

Maricruz Castro Ricalde, Tecnológico de Monterrey, Toluca

José Ricardo Chaves, Universidad Nacional Autónoma de México

Adrián Curiel Rivera, Universidad Nacional Autónoma de México

Verónica Hernández Landa V., Universidad Nacional Autónoma de México

Dante Liano, Università Cattolica del Sacro Cuore

Consuelo Meza Márquez, Universidad Autónoma de Aguascalientes

Begoña Pulido Herráez, Universidad Nacional Autónoma de México

Cira Romero, Academia Cubana de la Lengua

Rubén Ruiz Guerra, Universidad Nacional Autónoma de México

Margaret Elisabeth Shrimpton Masson, Universidad Autónoma de Yucatán

Arturo Taracena, Universidad Nacional Autónoma de México

COMITÉ DE INVESTIGACIÓN Y EDITORIAL

Laura Aguila • Braulio Aguilar • Joshua Córdova • Gabriel M. Enríquez Hernández • Luis Gómez M. • Verónica Hernández Landa Valencia • Gustavo Jiménez Aguirre • Eliff Lara Astorga • Rodolfo Munguía • Luz América Viveros

DISEÑO Y COORDINACIÓN VISUAL DE LA COLECCIÓN

Andrea Jiménez

PORTADA

Andrea Jiménez

SERVICIO SOCIAL

Alejandro Bernal • Alan Cabrera



El Cristo negro se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 24 de mayo de 2022. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de LAURA AGUILA RIVERA. La edición estuvo al cuidado de BRAULIO AGUILAR